



*Otra vuelta
de tuerca*

HENRY JAMES

Ilustrado por ANA JUAN

Otra vuelta de tuerca



HENRY JAMES

Ilustrado por ANA JUAN

Epílogo del autor

Traducción del inglés

de José Bianco


LUNWERG
LITERATURE

Título original: *The Turn of the Screw*

© Ana Juan, 2013, por las ilustraciones
© De la traducción, Ana María Torres, como heredera de José Bianco
© De la traducción [de Milita Molina e Isabel Stratta] del epílogo,
Ediciones Siruela, S. A., 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 - 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com
www.lunweg.com
www.facebook.com/lunweg
http://twitter.com/Lunwegfoto

Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-17560-81-2
Depósito legal: B. 29.547-2018
Imprime: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Capítulo uno



Recuerdo todo ese principio como una sucesión de altos y bajos, un vaivén de emociones diversas, algunas naturales, otras injustificadas. Después de la súbita energía que me había llevado a Londres para aceptar su ofrecimiento, pasé dos días muy malos: de nuevo vacilaba, de nuevo tenía la certidumbre de haber cometido un error. En ese estado de espíritu transcurrieron

las interminables horas del viaje en una diligencia estrepitosa y desvencijada que me condujo al sitio donde –según me dijeron– debía encontrar un vehículo de la casa. Llegué un atardecer de junio y allí, en efecto, me esperaba un confortable coche. Viajando a esa hora, en un día bellísimo, por una comarca cuya dulzura estival parecía desearme la bienvenida más amistosa, recobré los ánimos, y cuando entramos en una alameda se apoderó de mí un alado optimismo que tal vez no fuese sino la reacción de mi profundo desaliento. Esperaba o temía algo tan lamentable, supongo, que el espectáculo que me acogió fue una exquisita sorpresa. Recuerdo la excelente impresión que me causó la gran fachada clara, con sus ventanas abiertas y sus frescas cortinas, y las dos sirvientas que atisbaban mi descenso; recuerdo el césped y las flores brillantes, el crujido de las ruedas del coche sobre el camino de grava, y los árboles que a un lado y a otro unían su follaje, por encima del cual graznaban las cornejas en el cielo dorado. La escena tenía una grandeza sin ninguna relación, por cierto, con la modesta casa en que yo había vivido hasta entonces, y, no bien se detuvo el coche, apareció en el portal una persona de aspecto cortés que llevaba a una niña de la mano y que me hizo una reverencia tan ceremoniosa como si yo fuera la dueña de la casa o un distinguido visitante. En Harley Street escuché una descripción muy somera del lugar, y eso influyó para que el propietario me pareciera aún más caballeresco y para pensar que el placer que me aguardaba sería de una calidad superior a sus palabras.

No tuve ninguna decepción hasta el día siguiente, pues las horas sucesivas me llevaron de triunfo en triunfo a estrechar amistad con mi más joven alumna. La niña que acompañaba a la señora Grose me pareció una criatura tan encantadora, desde el primer momento, que ocuparse de ella significaba una gran fortuna. Era la niña más hermosa que había visto en mi vida, y después me pregunté cómo mi patrón no se había referido más extensamente a ella. Esa noche dormí poco: estaba demasiado excitada, y esto también me sorprendió –ahora lo recuerdo– y llegó a obsesionarme, sumándose a la impre-



sión de generosidad con que había sido recibida. El imponente dormitorio que me destinaron, uno de los mejores de la casa, el gran lecho de ceremonia —por lo menos, me pareció tal—, las ricas colgaduras floreadas, los altos espejos donde por vez primera me veía de cuerpo entero, todo me deslumbraba, así como el extraordinario atractivo de mi pequeña discípula, extrañándome que tanta liberalidad y belleza fueran naturales. También fueron naturales, desde el primer momento, mis excelentes relaciones con la señora Grose. Había reflexionado sobre ellas, con inquietud, durante mi viaje en diligencia. Ahora, el único motivo que a primera vista hubiera podido renovar esa inquietud era su excesiva alegría de verme. Al cabo de media hora advertí que a tal punto estaba contenta —era una mujer gruesa, sencilla, franca, limpia, saludable— que necesitaba mantenerse positivamente en guardia para no demostrarlo demasiado. Al principio llegó a sorprenderme que prefiriera ocultar su alegría, y de haber recapitado en ello, con un poco de suspicacia, su actitud hubiera podido ocasionarme malestar.

Pero confortaba advertir que ningún malestar podía asociarse a la imagen radiante de la niña confiada a mis cuidados, beatífica visión cuya belleza angelical motivaba por encima de todo, quizá, la inquietud que antes del amanecer me obligó a levantarme muchas veces y caminar por mi aposento para compenetrarme más y más con el decorado, acechar por la ventana la pálida aurora estival, descubrir las otras partes de la casa que mis ojos apenas distinguían, y escuchar, mientras en la sombra decreciente los pájaros empezaban a llamarse, la posible repetición de uno o dos sonidos menos naturales que no venían de fuera, sino de dentro, y que suponía haber oído. Hubo un momento en que creí reconocer, débil y lejano, un grito infantil; hubo otro en que me estremecí, apenas conscientemente, como ante el ruido de un leve paso tras la puerta. Pero tales imaginaciones no eran lo bastante nítidas para que no las rechazara, y solo ha sido a la luz o, mejor dicho, a la oscuridad de los acontecimientos posteriores que ahora me vuelven a la memoria. A no du-

darlo, vigilar, enseñar, «formar» a la pequeña Flora era la tarea de una vida útil y feliz. Por la tarde convinimos en que después de esa primera noche dormiría en mi aposento y, con tal propósito, ya se había colocado su camita blanca junto a la mía. Yo, exclusivamente, debía ocuparme de Flora, y la hacían dormir por última vez con la señora Grose como una deferencia a mi extrañeza inevitable y a su natural timidez. A pesar de su timidez (porque la niña, de la manera más rara del mundo, se había explicado franca y valerosamente a ese respecto, permitiéndonos –sin una señal de incomodidad o vergüenza y con la profunda, la dulce serenidad de un ángel de Rafael– discutir-la, admitirla y someternos a ella), yo tenía la certeza de que muy pronto llegaría a quererme. En parte, mi simpatía hacia la señora Grose venía del placer que la veía sentir ante mi admiración y deslumbramiento cuando yo me sentaba a la mesa, bajo la luz de cuatro altos candelabros, frente a mi pequeña discípula que con una servilleta al cuello, desde una elevada sillita, me observaba acariciadoramente por encima de la leche y del pan. En presencia de Flora, claro está, había muchas cosas que la señora Grose y yo solo podíamos comunicarnos mediante alegres y significativas miradas o alusiones indirectas y oscuras.

–Y el niño ¿se parece a ella? ¿Es igualmente extraordinario?

No era bueno halagarlos demasiado.

–¡Oh, señorita, *muy* extraordinario! ¡Si esta le merece tan excelente opinión!

Y continuaba en pie, muy erguida, con un plato en la mano, contemplando extáticamente a la pequeña Flora, cuyos plácidos ojos celestes iban de mí al ama de llaves sin que nada en ellos nos indujera a contener nuestros elogios.

–¿Y bien?

–¡El señorito la transportará!

–Bueno: pienso que para eso he venido, para transportarme por todo. Pero temo –sentí la necesidad de agregar– que me transporto demasiado fácilmente. En Londres también quedé enajenada...

Aún veo el ancho rostro de la señora Grose mientras penetraba el sentido de mi frase.

—¿En Harley Street?

—En Harley Street.

—Bueno, señorita. Usted no es la primera, ni será la última.

Hice un esfuerzo para reír.

—Oh, no pretendo ser la única —contesté—. De todos modos, según entiendo, mi otro discípulo llega mañana.

—Mañana no, señorita; el viernes. Llegará en la diligencia, como usted, bajo la vigilancia del conductor. Le enviaremos el mismo coche que a usted.

Osé preguntar si no sería conveniente —y, al mismo tiempo, cordial y amistoso— que yo fuera con su hermanita a esperar la llegada de la diligencia. La señora Grose acogió de tan buen grado esta idea que pareció darme la confortante promesa —mantenida en toda circunstancia, ¡gracias a Dios!— de compartir eternamente mi opinión sobre todos los asuntos. ¡Oh, se alegraba mucho de tenerme allí!

Lo que sentí el día siguiente no puede llamarse, supongo, una reacción al júbilo de mi llegada. Quizá fuera, a lo sumo, una leve opresión que motivó el examen más completo y preciso de las nuevas circunstancias que me rodeaban, cuando las contemplé en su totalidad y después las fui analizando una por una. Eran, ciertamente, de una extensión y un volumen para los que no estaba preparada, y en presencia de los cuales me sentí, al principio, un tanto perpleja a la vez que un poco orgullosa. Las lecciones, dados mis nervios, sufrieron algún retardo. Reflexioné en que mi deber, ante todo, era ganarme la confianza de la niña, utilizando las seducciones de que me creía capaz. Por lo tanto, pasamos un día de asueto. Con gran satisfacción de su parte, convinimos en que sería ella, y solo ella, quien me haría conocer la casa. Y me la hizo visitar paso a paso, cuarto por cuarto, escondrijo por escondrijo, entreteniéndome con su delicada charla infantil, lo que dio por resultado que fuéramos, al cabo de media hora, extraordinariamente amigas. Niña como era,

Flora me impresionó durante nuestro recorrido por el valor y la seguridad que desplegó en las habitaciones vacías y los sombríos corredores, en las escaleras de caracol, que a mí misma me obligaban a detenerme por momentos, y hasta en lo alto de una vieja torre almenada que causaba vértigo; su musical volubilidad, su tendencia a dar explicaciones más bien que a pedir las, me aturdí y me arrastraba. No he vuelto a Bly desde el día en que lo abandoné, y tal vez mostrase a mis ojos actuales, envejecidos y experimentados, una importancia muy reducida. Pero mientras mi pequeña conductora, con sus cabellos de oro y su vestido azul, chispeaba y brincaba delante de mí en los recodos de los viejos muros y a lo largo de los corredores, me parecía estar en un castillo novelesco, habitado por un duende de mejillas de rosa, en un lugar que hacía palidecer los cuentos de hadas y las más bellas historias infantiles. ¿No empezaba a dormirme poco a poco, o a soñar despierta? ¿No era todo eso, acaso, un maravilloso cuento que me alejaba de la realidad? No; era una casa grande, fea, vieja, cómoda, que había conservado restos de una construcción todavía más antigua, en parte destruidos, en parte utilizados, y dentro de ellos sus pocos habitantes se me figuraban tan aislados y perdidos como un puñado de pasajeros en un gran barco a la deriva. ¡Y yo —extrañamente— manejaba el timón!